

Interpaisajes: ensayos y la producción de espacio en hábitats de frontera

Benjamin Yede

y.yedebenjamin@gmail.com

Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño

Universidad Nacional de Córdoba

Fecha de recepción: 30/08/2024 Fecha de aceptación: 7/11/2024

Resumen

Es común pensar en lo intersticial como simplemente eso: el *entre* dos situaciones. Ahora bien, ¿qué ocurre si eso que solo es lo que encuentra a otras cosas tiene un carácter en sí mismo? Detenerse a hacer preguntas sobre cómo se consolida un *entre* es sin dudas un desafío constante en la práctica proyectual. Este ensayo propone aportar al entendimiento de la fenomenología del hábitat de frontera, un *entre* tan único como inexplorado, y el territorio en que se apoya – o más bien, el territorio que lo sustenta.

Variables económicas, políticas, socio-culturales, de hábitos y prácticas construyen ambientes humanos únicos en los bordes administrativos de una Nación. Los límites son por lo general afirmados desde el Estado, pero vivencialmente tienden a reconocerse cada vez menos puesto que, en términos prácticos, quienes habitan regiones transfronterizas habitan precisamente eso – la trans-frontera. Incluso la palabra que describe la situación da cuenta de su complejidad: habitar *a través de* la frontera, *atravesarla*, *transgredirla*, *transitarla*.

A los fines de investigar proyectando, se propone un concepto operativo para abordar las complejidades del límite-frontera: el *interpaisaje* aparece como término cohesionador de los dos aspectos fundamentales para un espacio-límite: el *entre* las cosas, la *interacción* y el paisaje – como matriz-soporte de todo aquello que sucede y se da al habitar un límite. El *interpaisaje* aparece como ensayo-síntesis procedimental, como una vía para comprender propositivamente aquello que sucede *entre* las cosas con tal magnitud que adquiere voluntad y cuerpo propios.

Palabras clave: interpaisaje; pensamiento proyectual

Summary

It is common to think of interstices just like that: what is between two separate situations. However, when that which only intends to connect has a character of its own, what happens? To stop and wonder about how is it that amongst a between consolidates is a constant challenge in project practice, without a doubt.

This essay intends to contribute to understanding the phenomena in frontier habitats, a between that is as unique as unexplored, and the territory that lies beneath – or rather sustains it.

Economic, political, social, cultural, habits, practices. These are but a few of the aspects that build up unique human environments in the edges of a nation. Although borders are generally established by a State, experience tends to hardly recognize them considering that, in practical terms, those who inhabit a transfrontier region live – precisely – in the trans-frontier. Even this term, which describes the case for frontiers, leaves room for approaching its complexity: to inhabit amongst a border, to come across the frontier, to transgress, to go through it.

In order to research but also bear project in mind, a new operative concept is proposed, which intends to make the case for border-frontier complexities: interscapes appear as a cohesive term, that sums up the two fundamentals of what happens and is experienced when one lives a broader. Interscapes is suggested as an procedural essay-synthesis, as a means to purposefully comprehend that which happens between things with such a magnitude that it acquires character and body of its own.

Keywords: interlandscape; projectual thinking

Introducción

El pensamiento proyectual y la arquitectura

Si a la Arquitectura como disciplina se la pudiera definir de la manera más sencilla posible, indudablemente algún concepto asociado al diseño de espacios surgirá tarde o temprano. Tampoco debiera haber dudas de que dicho concepto-asociación no dista en absoluto de lo que inherentemente es y hace a la Arquitectura. De hecho, cualquier arquitecto en formación – e incluso aquel ya formado que, motivado por producir no solo función sino pensamiento, entiende que necesita sujetar a revisión constante aquello que traduce de la mente al papel, del papel a la obra, de la obra al espacio – ha pasado por al menos una clase de historia del arte y de la arquitectura en su vida. Y si lo ha hecho, sabe que es la mirada al pasado aporta no solamente reflexión sobre el sitio y situación de hoy y la mirada hacia el mañana, sino también construye su memoria de referencias, su léxico proyectual, su posicionamiento como proyectista para con el mundo.

Y dicho constructo desafía al que se forma, fundamentalmente, al requerirle la combinatoria de al menos cuatro variables: el contexto en que suceden las cosas, los recursos con los que se cuentan, los conocimientos alcanzados, la idiosincrasia de la época revisada y por tanto, la producción de espacio, como síntesis y comunicación de éstas y muchas otras. El espacio es, sin dudas, el tema-problema de la disciplina. El bagaje de conceptos que se formulan gira en torno a qué espacio se produce, cómo y por qué. Hay variables tecnológicas, estructurales, perceptuales, semióticas, hay relatos que se cuentan, historias que se desarrollan. Hay texturas, ritmos, vibraciones. Hay atmósferas, vivencias, memorias, evocaciones. Hay todo eso. Hay espacio.

Para cada una de las palabras del párrafo anterior existe un sinfín de definiciones y decisiones. Ese sinfín hoy es bastante asimilable, puesto que las posibilidades de materialización hoy son *en cierta forma interminables*. Pero al mirar al pasado, no siempre ha sido así. En consecuencia, es posible identificar distintos momentos históricos con sus respectivas posibilidades. Cada uno de esos momentos constituyen la historia de la disciplina, y cada uno de esos momentos supo decir algo acerca del espacio y de su producción.

Si a aquella primera definición de Arquitectura como *diseño de espacio* se le pretende incorporar mayor precisión, seguramente aparecerá desde la disciplina lo tocante a la producción del límite. Y es que el límite es en cierta forma el *sine qua non* del espacio. El espacio arquitectónico no es sino a partir de aquello que lo define, a partir de aquello que marca hasta dónde se extiende, aquello que lo diferencia y singulariza. El espacio arquitectónico no es sino a partir del límite. Y para pensar conceptualmente al espacio, cada momento de la historia ha sabido definir límites de una manera particular. Es así como se llega hasta hoy, donde las preguntas sobre el límite – quizás hasta más vastas que sobre el espacio propiamente dicho – tienen origen en lo tecnológico, en lo perceptual, y en sus diversas formas de interacción.

El pensamiento proyectual y el territorio

Hasta aquí, un breve, pero necesario *racconto* de la elaboración disciplinar de la Arquitectura como praxis y teoría. Ahora bien, ninguna espacialidad es cerrada en sí misma, sino que interactúa y se relaciona con otras. Si hay un espacio, hay límites. Si hay límites hay un adentro. Si hay un adentro, hay un afuera. Y tanto adentros como afueras se habitan y significan, conforme el sujeto se apropie de él. Esa realidad *no-cerrada* del espacio permite pensar en complejidades de diversos tipos, escalas y formas. Permite pensar en la unidad mínima habitable, pero también en la casa, o el edificio, o la ciudad, o la metrópolis. La suma de interacciones en el espacio construye hechos cada vez más complejos. Hechos físicos, pero también humanos.

Es precisamente en quizás la expresión mayor de aquellas complejidades en las que este trabajo pretende ahondar. Es precisamente en esos hechos físicos y humanos a gran escala que se hallan preguntas sin contestar, y fenómenos sin considerar. Si, hablando de interacciones, se debiera reflexionar propositivamente, es más que posible comprender que la suma de Arquitecturas – como inter-actos en el espacio – ha concebido, ya en el amanecer de las civilizaciones, aquello a lo que se conoce como ciudad. Desde entenderlas como concentradoras de recursos y bienes hasta fascinarse ante sus ruidos, aromas y luces, las prácticas sociales más comunes conviven con las más extraordinarias y todas construyen síntesis sobre síntesis de cosmovisiones y expresiones. Y la Arquitectura aquí es casi un fundamento, una manifestación material, física, pero también humana de todo cuanto sucede en la Ciudad. De hecho, si sólo se hiciera foco en el Urbanismo como el campo *ad hoc*, no se tardará mucho en llegar a notar que la Arquitectura es una de las tantas disciplinas que soportan y nutren al estudio de la ciudad. No son pocas

las casas de estudio que forman estudiantes en *Arquitectura y Urbanismo*, y no son pocas las veces en que los Arquitectos han pensado y propuesto en favor de sus ciudades.

A propósito de las *complejidades*, a propósito de las *interacciones*. El pensamiento proyectual – más allá de la escala – tiende a situarse *entre* las partes y el todo. Ese diálogo inherente e inevitable entre lo parcial y lo total que no abandona nunca temas recurrentes y, acaso, fundamentales: espacio, límite, adentro, afuera, lugar, sitio, situación...

Interacciones y desafíos

“The transfrontier metropolis is emerging as a new type of urbanism, wherein cities/regions become bridges between national cultures, spaces from which to launch the global activities of common markets or trade blocs.” (Herzog, 2020)

Ya se dijo que el Urbanismo en realidad es un *summum* de muchas otras disciplinas que aportan desde su campo de acción algo en favor – o detrimento – de las ciudades y de los territorios que las asientan. También se reconoció que la Arquitectura es una de esas disciplinas, y que tiene mucho para aportar en la concepción de una realidad física consciente de alguna u otra cosmovisión, propia de quienes ocupan, producen y habitan un territorio. Y si la Arquitectura tiene algo para decir en la práctica del Urbanismo, no dejará – seguramente – de acudir a procedimientos propios de su accionar para hacerlo. No ignorará, empero, sus saberes formativos. Y, por tanto, recurrirá a aquel bagaje conceptual, a todas aquellas ideas acerca de límite que existen, a todos aquellos resultados, con sus virtudes y vicios. Y si ya existen siglos de reflexión sobre el límite arquitectónico, y un presente sin dudas abierto en cuanto a sus posibilidades, ¿no debería formularse algo análogo en el ámbito disciplinar del Urbanismo? ¿No debiera haber siglos de reflexión sobre el límite urbano?

En otras palabras, y si el indagar acerca de la producción del límite - una problemática en sí misma para la Arquitectura - es llevada a las escalas del Urbanismo y del Territorio ¿cómo adquieren éstos sentido sin perderse en lo aparentemente inabarcable? ¿Cuáles son los límites tangibles en el territorio? ¿Cómo podemos definirlos, habitarlos, atravesarlos, disolverlos? ¿Existe una respuesta única, lineal a esto? Y de así serlo, ¿cómo se comporta el límite cuando la realidad territorial se encuentra particionada en realidades administrativas diferentes? ¿Qué ocurre cuando un territorio decididamente conformado comienza a facetarse por la conformación y ejercicio soberano de distintos Estados? ¿Qué sucede cuando el límite deja de ser naturalmente tangible, y pasa a tangibilizarse en lo que naturalmente existe?

El propósito de este trabajo es hacerle preguntas a situaciones específicas que llevan a un extremo a otras situaciones más convencionales, aunque fundamentales a la hora conocer un territorio. Sucede que, en diversos recortes territoriales, en torno al momento en que al menos dos Estados se encuentran y marcan así sus *límites* – quizás el extremo de base para las situaciones antemencionadas – se asientan poblaciones. Y estas poblaciones adquieren complejidades particulares, que a su vez se ven condicionadas al mismo

tiempo que condicionan matrices biofísicas de significativa relevancia: los límites entre Estados se establecen reconociendo generalmente quebradas, montes, cursos de agua, etcétera. Los Andes, los Montes Urales, el río Grande, el Rin o el Paraná, los lagos Superior, Michigan, Huron, Erie y Ontario. Todos estos tienen algún tipo de riqueza intrínseca, valor inherente en términos biofísicos. Todos estos conforman particiones – o encuentros – entre soberanías distintas.

Algunas ciudades de este tipo supieron cumplir roles estratégicos de defensa y control, aunque, desplazado el paradigma de *lo mío aquí, lo tuyo allá* por alguno más tendiente a lo cooperativo, integrador y de *hermandades*, hoy constituyen lugares de transición, puntos hacia / desde donde mirar y conectar. Y sus poblaciones, no ajenas a dinámicas propias de cualquier otra, han crecido, se han complejizado en verdaderas ciudades. Ciudades que se conurban, y que no reconocen en su estructura un límite en concordancia con el que los Estados que las contienen poseen. Ciudades que crecen *más allá* de lo local-nacional y que construyen otro tipo de lógicas. Estas lógicas, aunque en muchos casos demasiado antrópicas, en el fondo reconocen una realidad: la matriz que los soporta en su estado natural, propone y afirma sugerencias de configuración que para quien se encuentra allí cuentan otro tipo de relatos – ya no el de las soberanías nacionales, sino el de las interacciones regionales.

Desarrollo

“One can barely open a book about borders without finding at least passing reference to smuggling and the clandestine movement of people and good from one side of the national boundary to the other. This is because smuggling and the border are to some extent defined in terms of each other.” (Hastings, Thomas, 1999).

El caso de estudio: la Triple Frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay

El territorio-testigo distribuye en su extensión a unos 750.000 habitantes, a partir de la encrucijada entre los ríos Paraná e Iguazú, de una manera asimétrica: mientras que Paraguay asienta unos 500.000 en la segunda ciudad de importancia nacional, Argentina hace lo propio para unos 45.000 en una pequeña villa turística satélite de las Cataratas del Iguazú. En un punto medio, aunque con una tendencia y complejidad próximas a la primera, Brasil aporta 280.000 personas en una urbe que, habiendo sido un caso análogo al argentino, fue transformándose progresiva, aunque velozmente en el último tercio del siglo XX.

La región que alberga a la Triple Frontera aporta diversas consideraciones. El río Paraná en su extremo norte aparece contenido entre las represas hidroeléctricas Yacyretá e Itaipu – la *Tres Gargantas* occidental. En todo el trayecto entre represas aparece un patrón de ocupación análogo de asentamientos gemelos transfronterizos. Así como las vías férreas han marcado el destino de vastas extensiones de suelo en otras latitudes, aquí la vía del río sugiere lo mismo. Debe mencionarse, sin embargo, que en estos asentamientos no permaneció firme la tendencia a mirarse y relacionarse, sino que han pospuesto su manifestación física identitaria en el territorio por lógicas que toman cada vez más y más distancia de las orillas, y que se

ajustan a órdenes genéricos funcionalistas. Las historias particulares de cada Estado, y las *inter-historias* de ellos, consiguen redefinir la forma de entender la y producir la espacialidad urbana, sin atender al fenómeno de lo gemelo. Aun así, en la cota más alta de Yacretá, y a los pies de Itaipú, se asientan – respectivamente – Posadas y Encarnación y la Triple Frontera, compartiendo dinámicas y complejidades, como también afirmando cierto valor identitario propio de este recorte territorial.

Resulta importante también reconocer la singularidad de la provincia de Misiones en Argentina. Sus límites jurisdiccionales son en un noventa por ciento con el extranjero, mientras que sólo un diez por ciento la conecta con el resto del país al que pertenece. Del mismo modo, mientras que se trata de una de las provincias distantes de los centros productivos de la Argentina – y por tanto muchas veces pospuesto por su aparente des-posición estratégica – sus coterritoriales brasilero y paraguayo son históricamente los engranajes económicos de sus regiones respectivas.

La Triple Frontera se encuentra su vez contenida en un recorte continental próximo al Trópico de Capricornio. En línea recta comparte latitudes con Antofagasta y Curitiba-Paranaguá, algo de lo que el COSIPLAN da cuenta en la definición de las vías estratégicas de operaciones logísticas Bioceánicas. Asimismo, equidista de Buenos Aires y de Sao Paulo, quizás los dos centros económicos más importantes del cono sur sobre el Atlántico. Y aunque para conectar a la París de Sudamérica con la Selva de Piedra se opta típicamente por las vías rodadas, se consigue fácilmente construir una arteria fluvial, aprovechando la navegabilidad de los ríos Paraná y Tieté. Se conseguiría, pues no hay esclusas capaces de sortear la diferencia de nivel de Itaipú. Ciento treinta metros separan la posibilidad de pensar al río como una pieza de infraestructura en sí misma, y la Triple Frontera – a partir de todo lo desarrollado hasta aquí – es un punto de inflexión en el sentido norte-sur. Pero también lo es en el sentido oeste-este, pues desde él hacia el oeste y hacia el sur se habla español, mientras que hacia el este y norte, portugués. Es se suma importancia comprender, así, que se trata de un momento en el espacio donde suceden cambios, donde se discontinúan realidades. Esas realidades son, además, sumamente diversas: se ven implicadas dinámicas sociales, económicas, culturales, identitarias, de infraestructura, de administración, de gestión – todas ellas sostenidas en una misma realidad ambiental.

El interpaisaje: hipótesis y variables

La proposición del término *interpaisaje* pretende, antes que nada, reconocer la dimensión multiforme del límite territorial. Primeramente, fue necesario recorrer y leer en el territorio al paisaje y sus características, nunca dejando de lado que si se habla de paisaje se habla de matriz biofísica, y por tanto de aquello que al menos inicialmente es anterior al hombre. Inicialmente, porque puede ser que la antropización haya buscado potenciarla – aunque también negarla – pero su presencia en el espacio va más allá de esto: quien habita en alguna forma u otra es condicionado por el medio en el que se mueve, por lo que, aunque intente negarlo, la contundencia del medio como tal siempre acaba por ser – incluso agónicamente.

Entonces, habiendo reconocido y reflexionado en ello, comprobar aquel concepto inicial tocante a los asentamientos gemelos y de transfrontera: *Todos estos tienen algún tipo de riqueza intrínseca, valor inherente en términos biofísicos*. La matriz biofísica, por su escala, por lo que estructura, por lo que desprende de ella y por lo que converge en ella, es y no es – simultáneamente – una transición. Es, porque encuentra momentos y es lo suficientemente fuerte para equilibrar asimetrías. No es, porque si se dijo previamente que puede estructurar situaciones, entonces éstas se ordenan a ella, y no al revés. Nuevamente, aquello que define una matriz-paisaje y que seguramente marca pausas y continuidades, comienzos y fines, está marcando límites y espesores. El concepto propuesto requiere así reflejar este carácter simultáneo, de interacción más que de articulación, de proximidades que transicionan, de *tierras entre tierras*. *Interpaisaje* logra así abarcar y describir la forma de abordar el límite en el territorio de transfrontera.

La hipótesis se formula como un ensayo de reconocimiento y proyección de las posibilidades del territorio en – otra vez – su multiforma: como *territorio* propiamente dicho, como *proximidad* y *continuidad* de el-los territorios, como *territorio entre territorios*. Al final de cuentas, se trata de conceptualizar, pero – al igual que en límite de la escala arquitectónica – también operar, manipular, dar forma a aquello que permite entender, ordenar y secuenciar el espacio.

Los asentamientos y las actividades

“La dinámica transfronteriza de Foz de Iguazú, Puerto Iguazú y Ciudad del Este exige que se discuta la viabilidad de la integración de la planificación y gestión, puesto la presencia física de los límites territoriales se encuentra cada vez más intermitente: desaparece en relación al hecho urbano, persistiendo solo por la imposición político-administrativa.” (IPARDES, 2008:62).

La configuración *por partes* – y su no-acomodamiento teórico como un territorio único – ha imposibilitado que exista una lectura jerárquica, con centros y periferias, con adentros y afueras. En realidad, puede decirse que cada *borde nacional* propone una lógica particular *hacia adentro* de los territorios. Y allí si es posible detectar cuestiones más típicas de un asentamiento urbano que quiere tender a lo metropolitano: crecimientos por manchas v. archipiélagos urbanos, prevalencia de lo rodado privado por sobre otras formas de movilidad, ausencia de corredores ambientales de calidad reconocidos como tales, centros urbanos pensados desde y para el automóvil, falta de soportes para que el peatón se haga y apropie de la calle, mixturas de uso nulas, precarias y/o tímidas, etcétera. Ahora bien, la configuración *de a partes* esta superpuesta – y muchas veces supeditada – aunque también entremezclada con una *del todo*. Y es que, al igual que indica la cita al inicio de este apartado, hay una voluntad por apropiación que trasciende la realidad física del territorio. Mientras que las tramas-soporte permanecen estáticas, no consiguiendo transformarse constantemente, el hábitat que sucede sobre ellas es dinámico, inestable, incluso caótico.

Es necesario, además, comprender que ese caos es tanto propio de las actividades que se encuentran y *ocurren*, como también una consecuencia-característica de la extensión *más allá del límite* que establece el soporte natural y que reconocen los Estados. Programáticamente, cada borde propone situaciones de base análogas pero que adquieren una especialización progresiva y una intensidad diferente: en términos generales hay una prevalencia de las actividades turística, comercial y de servicios, en el marco – nuevamente– de las logísticas de frontera. Ahora bien, mientras que Puerto Iguazú ha profundizado sus servicios asociados al ecoturismo, Foz do Iguazú lo combina con actividades comerciales y programas turísticos dignos de *aprender por Venturi*, en tanto que Ciudad del Este apostó históricamente por el turismo de compras, siendo quizás el motor de aquello que la revista *Forbes* reconoce en la década de 1990 para esta región, al considerarla un mercado internacional emergente, tercera por detrás de Hong Kong y Miami.

Fuera de esto han quedado otros sistemas y programas, como el educativo con sus anhelos y búsquedas para integrar y cohesionar lo que está *más allá* del borde, la post-infraestructura que recibe, sostiene, acomoda y da lugar a la administración del ente binacional Itaipú, las extensiones de campo que rápidamente desarmen un tejido aparentemente consolidado, los puntos de control *entre* Estados y su contracara, la estructura de lo informal, sin lo cual – como ya se dijo antes – no podría existir ni explicarse una frontera.

Los asentamientos son así dispersos, aunque consiguen integrarse, partibles pero legibles en un todo, caóticos, pero no por ello desordenados. Estas dualidades son parte fundamental del entendimiento y aproximación a regiones de transfrontera. Y retomando el interrogante al principio del apartado, ¿es posible encontrar un área metropolitana? No en términos de cómo se la suele definir, no si se piensa en una ciudad principal y su *alrededor*, y sus satélites, etcétera. Si, si se consideran las complejidades existentes, si se entiende que son situaciones urbanas de transición pero que en sí mismas pueden no ser solamente eso.

Los flujos y las movilidades

Los desafíos de moverse *a través* de una frontera acarrear en parte problemáticas propias de cualquier asentamiento urbano que es al menos mediano: prevalencia de medios rodados particulares, tensiones entre centros urbanos y núcleos-dormitorio y, además, los cuellos de botella generados en los pasos internacionales. Debe considerarse además que, habiendo planificaciones parciales, cada borde ha definido cosas bastante diferentes. Mientras que Foz do Iguazú reúne el abecé de los ideales de la Carta de Atenas, Puerto Iguazú como Ciudad del Este proponen trayectos y crecimientos no tan predecibles, muchas veces por yuxtaposición y recortes que se encuentran. No hay tramas regulares, sino más bien entrecruzamientos cuya jerarquía se identifica solamente por la intensidad de uso – no por la escala de las arterias, no por sus tratamientos, no por sus factibilidades funcionales.

Fuera de las tramas locales, la Triple Frontera es sin lugar a dudas un recorte estratégico para la región. Las rutas 277 del Brasil y 02 de Paraguay conectan en no más de 1500 kilómetros a Asunción con Curitiba. En el sentido Norte-Sur, es el punto medio entre los 3000 kilómetros que separan a Buenos Aires de Sao Paulo y Rio de Janeiro. Paralelamente, dos aeropuertos internacionales – separados por tan sólo unos pocos kilómetros – conectan a la región entera, en tanto que un tercero en Paraguay lleva el tránsito doméstico hacia la capital nacional.

Existe, sin embargo, todo un sistema completamente abandonado en el tiempo – el del agua. Se trata de una oportunidad más que grande a recuperar, por un lado, trayendo al presente un valor identitario, intrínseco de lo que al menos en Argentina se conoce como *el litoral*, y por el otro tomando la barrera real que “*separa*” para habitarla y significarla. Para un flujo privado individual rodado constante y aparentemente inevitable, y un sistema de transporte público internacional medianamente integrado, pensar en una *cota fluvial* alternativa, distendida pero también funcional es proponer hábitat en movimiento, es validar el caos intrínseco para operarlo. Es proponer e indagar en las formas posibles del paisaje oportunidades para aprehenderlo.

La matriz biofísica

En la persistente dualidad todo-partes, desde-hacia y todas las demás formas posibles que han ido mencionándose en este trabajo, era necesario asumir además el desafío de que aquella información quizás fundamento y síntesis se presentara en último orden.

Son varias las veces que se ha repetido la esencialidad del soporte ambiental para comprender las situaciones de frontera. En ese sentido, la matriz biofísica de la Triple Frontera contribuye a generar el ambiente para que todo aquello que pasa por encima pase. Existen dos cotas que hacen de extremos *entre* las que suceden cosas: la *cota-agua* y la *cota-tierra*, separadas por cien metros. Probablemente puedan inferirse motivos suficientes para explicar la desconexión entre ambas, situación mencionada previamente. Pero, aun así, ninguna de las dos es sin la otra, pues para aproximarse a una hay que saber dónde se encuentra la otra. Y el *interpaisaje*, como hipótesis, permite también decir algo respecto de la vivencialidad entre esos extremos. En una muralla rocosa cubierta densamente por la *selva paranaense-mata atlántica* se produce la transición entre lo antrópico y lo no-antrópico. El valor y potencial de la topografía y lo que ésta sostiene es más que significativo.

Y ese valor como corredor está parcialmente protegido. La tendencia no-regional de este encuentro territorial también impacta en estos términos, pues de los tres países sólo la Argentina toma una actitud de protección del patrimonio ambiental. Los bordes de la provincia de Misiones son fácilmente identificables, pues sucede que hasta donde se encuentra el río, una masa densa de vegetación la cubre. A las márgenes opuestas, aquella masa sólo permanece por unos pocos kilómetros para luego encontrarse con parcelas de cultivo. Y al retomar la escala del territorio de análisis, tanto Paraguay como Brasil han contenido al paisaje

en determinados recortes, relegando a la vegetación autóctona a algunos parques y corredores, e incluso sin reconocer el borde fluvial y su espesor. La relevancia de lo verde como oportunidad de transición, encuentro y cohesión es alta, e incluso hallándose este ignorado, consigue prevalecer por su contundencia – como masa orgánica, viva, que se transforma y transforma, que significa y tiene significado. Las posibilidades de habitar esta masa son tan diversas como el bioma al que pertenece. Habitar no sólo horizontalmente sino *entre lo horizontal*: es algo que va más allá de lo estrictamente vertical, pues indaga en lo que sucede en cada estrato en el recorrido vertical. Hoy es una cuestión visual que cualquier otra cosa, pero si de algo la Arquitectura sabe es de espacializar lo que debiera configurar espacio en primer lugar. Las secuencias espaciales posibles en una transición que es en la profundidad de las cotas que conviven enriquece, manifiesta y afirma el límite, al mismo tiempo que lo habita.

La topografía, del mismo modo, permite otras posibilidades en otros puntos. Con distancias y estratos más próximos entre sí, es la que permite que las *fricciones* de un territorio sean, en realidad, *coexistencias*. Los mismos quiebres de la geografía consiguen localizar actividades y usos en muchos casos poco compatibles: centros operativos de la logística próximos a áreas residenciales, complejos hoteleros en rururbios, centros de control aduanero y zonas francas. Los *arribas* y *abajos* permiten operar – como si de fragmentos... ¿programáticos? se tratase – por distancia y acomodar lo aparentemente irreconciliable.

Incluso en las placas nacionales hay una interacción visual en estos términos. Mientras que Brasil esta levemente *por encima* de Argentina, por lo que esta última tiene el fondo a su figura *más allá* de la frontera, Paraguay, al extenderse transversalmente a ellos propone y desarrolla un perfil que los integra y que compone, por tanto, una imagen diferente. Las secuencias espaciales del territorio son un engranaje fundamental para comprender, una vez más, la naturaleza del caos como clave que ordena lo que sucede *aquí, allá y un poco más allá*.

Conclusiones

El espacio de transfrontera como fenómeno

Las lecturas para el entendimiento del espacio urbano y su territorio en situaciones transfronterizas operan de forma inversa a las convenciones y procederes conocidos.

Normalmente, en la elaboración de registros gráficos, mapeos, cartografías, etcétera, se tiende a identificar situaciones que definen áreas homogéneas. Al inscribirlas en el territorio, y al ponerlas a interactuar con otras yuxta – o super – puestas, se aborda como desafío la situación de borde entre ellas. Es común encontrar estructuraciones particulares entre un área A y un área B que al encontrarse no consiguen articularse. Aparecen situaciones que describen *fricciones* – físicas o no – y el desafío asumido tiende a ser el de resolverlas operando sobre el *borde-límite* con propuestas a favor de transiciones amigables que provean espacios para que cada área *sea*, o bien para proveerles de un *common ground*, un punto de encuentro entre lo aparentemente irreconciliable.

Los asentamientos de transfrontera se definen por la existencia del límite que los reúne. Tal límite no define solamente a los hechos urbanos que se encuentran, sino también al ejercicio de la soberanía de los Estados que los contienen. Su escala es, naturalmente, nacional y no local. Tiene una carga al menos física, aunque también simbólica, que pesa en un territorio local y regionalmente de transición inserto en la extensión de una nación. La escala, los valores asociados, la significación y realidad física, el protagonismo de aquel límite – más o menos natural, más o menos antrópico – dan fundamento a las cosas que se dan, que suceden en estos territorios. No es el límite uno que marca el final de una extensión, sino uno que estructura las extensiones en torno a sí mismo. Lo que *fricciona* pierde fuerza, pues lo que se halla desarticulado no choca, no entra en conflicto, sino que se superpone, *convive* y *coexiste*

Lo anteriormente planteado propone una noción alternativa sobre el límite de los territorios. Sugiere un acercamiento que no asume la presencia de alternaciones bruscas que pretenden suavizarse – donde el desafío está en encontrar dónde y cómo hacerlo – sino que reconoce el valor y espesura del borde como oportunidad *a la cual llegar, desde donde partir*, sobre la cual *crecer* y *operar*. El límite ya existe, ya tiene sus propiedades y ya dice algo en el territorio. Su valor intrínseco cómo síntesis entre (inter)nacional y lo local es mucho más potente que un simple encuentro entre situaciones en proximidad.

La naturaleza de la frontera y su relevancia

Si se entendiera que el territorio de transfrontera puede tener vocaciones, voluntades de ser algo en particular, un poco trayendo – o llevando – a Kahn a la escala metropolitana, sin dudas podría decirse que tiene vocación de ser un límite en sí mismo. El escenario de un asentamiento urbano en los bordes de una Nación dice varias cosas simultáneamente: es la manifestación antrópica de una transición, es el punto final de una extensión mucho más grande y compleja, pero también es el inicio de una historia que identifica e interpela a un vasto número de personas, es la despedida a quienes se van, pero también la bienvenida a quienes llegan, es todo esto y muchas acepciones más. Una vez más, se comporta y manifiesta un querer ser límite.

Y en este mismo sentido, siguiendo con la línea de pensamiento hasta aquí propuesta, surge una repregunta inevitable: *¿Manifiesta tal límite la voluntad de ser realmente una frontera?* El caso de estudio revisado constituye en varias formas un punto de inflexión en un recorte del subcontinente americano. En parte, ese punto de inflexión podría aludirlo la expresión verbal, el idioma. Aparecen al menos tres lenguas oficiales encontradas en un mismo territorio: el español el portugués y el guaraní. Pero también aparecen hibridaciones entre ellos. En aquel encuentro, los que estudian tal o cual lengua son los menos, siendo los más los que consiguen, por proximidad, elaborar lo que se conoce como *portuñol*, o *guarañol*, casos análogos al *spanglish* como manifiesto de años de interacción entre la población latina y americana. Y no puede dejarse de lado el *plus de sentido* que aportan los árabes, coreanos, chinos, japoneses, alemanes, italianos, polacos, ucranianos, rusos, y cuantos otros inmigrantes y ciudadanos transitorios que *vienen* y

van por estas tierras y también producen demandas y transformaciones en el lenguaje. Y qué es una lengua sino la mayor de las síntesis de expresión de comunidades enteras.

La *no-barrera* idiomática es sin dudas un soporte fundamental para comprender al territorio de (trans)frontera y sus transiciones. Es, quizás, la manifestación más práctica para entender el inconsciente colectivo que produce espacio en estas circunstancias. Aun así quedan muchas otras por revisar: no puede dejarse de lado la singularidad de determinadas prácticas religiosas no extendidas con tanta intensidad a medida que se va tomando distancia de la situación de frontera, o las dinámicas de intercambio comercial local-global, que traza y caracteriza un rol específico para estas singularidades geográficas, o las formas de entender y producir programas análogos sin caer en la monotonía, porque sobre aquella (trans)identidad aparecen voces locales propias que hibridan y enriquecen la idiosincrasia del borde. En fin, existen muchas otras *no-barreras* que arraigan aún más la noción de un *límite-no-frontera*.

Todas estas *coexistencias* que se manifiestan en el territorio y constituyen un paisaje particular restan fuerza a una idea de frontera como *discontinuum*. Se trata de recortes geográficos *de transición*, cuyo comportamiento y rol es el de la transición y no de finales y comienzos. Se trata de continuidades entre continuidades. Y por ello, las preguntas que restan hacerle al territorio transfronterizo tienen más que ver con los *hasta donde* se extiende su influencia y *por qué*, que con un *cómo* son puntos específicos de conexión e intercambio. Dicho de otro modo, tienen más que ver con entender que se trata de regiones particulares que proponen una gradualidad y que no se limitan al mero punto que administrativamente define hasta donde ejerce su soberanía un Estado.

El interpaisaje

Como hipótesis y conclusión, el interpaisaje resulta un término hasta ahora satisfactorio para englobar los fenómenos estudiados y sus complejidades. El prefijo *inter-* puede describir – y asumir – distintas *cosas*: el *entre* lo que se registra, como noción práctica asimilable al borde como área de oportunidad para accionar sobre el territorio; la *interacción* entre lo que se estructura y sucede a cada cara de un mismo borde, entendiendo las dinámicas que se constituyen y que desconocen al límite-frontera; la *interacción* a través del límite, como oportunidad para conocer, descubrir y reflexionar propositivamente lo que el límite como espesor constituye y es. La suma del *paisaje* como objeto del *inter-*, que sugiere pensar en la sucesión de imágenes que integran entre sí un soporte mayor que preexiste y prevalece, y que no consigue ser ignorado.

Como revisión de las nociones y prácticas del estudio del territorio, el interpaisaje aparece como una reinterpretación operativa-operable del límite-frontera. Operativa, porque constituye un elemento que define inevitablemente lo que sucede a su alrededor, proponiendo transformaciones en las que el profesional de la Arquitectura en su rol como proyectista debe reconocer y actuar en consecuencia. Operable, porque su densidad es tan rica que propone en su estado natural un sinfín de manifestaciones de

una misma vocación de transición. Se abre la posibilidad de pensar en un límite que puede no ser frontera, y que por tanto necesita otras asociaciones mentales para proceder y accionar.

Como oportunidad didáctica, praxis de los procederes del Urbanismo y la Planificación Territorial, abordar la problemática del límite con un paradigma alternativo. Uno que no opta por lo dicotómico y sus fricciones. Uno, si no, que considera al límite como estructura sobre la cual asentarse y crecer, y a partir de la cual configurar y entender el territorio.

Si la Arquitectura ha sabido animarse a abordar escalas y complejidades de la geografía, no puede dejar en el camino los interrogantes que la fundamentan como disciplina. Toda la historia conocida hasta ahora dice algo del entendimiento del espacio y por consecuencia de la producción de límites. Cada instancia en la línea de tiempo define un paradigma específico sobre espacio y límite, y se hace preguntas específicas sobre estos para comprenderlos. De esa misma forma, aparecerán nociones, paradigmas y conceptos que expliquen cómo se entiende y produce el espacio en la escala de la ciudad y sus áreas metropolitanas, y sus territorios, y sus regiones... El interpaisaje se constituye como síntesis descriptiva de fenómenos que se encuentran en las metrópolis transfronterizas, cuya producción de espacio – como se desarrolla aquí – tiene lógicas propias porque tiene comportamientos y voluntades propias, distintas a los suelos no tan interpelados por escalas que van desde la Nación a la cuadra y por todo lo que sucede entre medio de ellas.

Bibliografía

Herzog, L. (2020). Essay: The Transfrontier Metropolis. En *1: Changing Cities plus the New Urbanism, Gender and Design*. Harvard Design Magazine

Hastings D. y Thomas, M.W. (1999). The Subversive Economy. *Borders: Frontiers of Identity, Nation and State*. Nueva York: Berg Publishers.

IPARDES. Instituto Paranaense de Desenvolvimento Econômico e Social. Oeste paranaense: o 3º espaço relevante - especificidades e diversidades en Clemente de Souza. E.B. y Brites, W. (2017). *Dinámicas urbanas en ciudades gemelas impactadas por hidroeléctricas*. Instituto de Estudios Sociales y Humanos IESyH-CONICET. Universidad Nacional de Misiones.